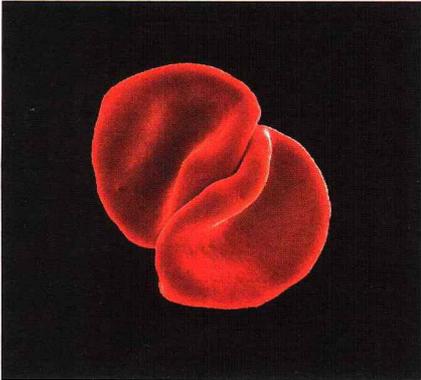


Medio	Revista Mensaje
Fecha	31-05-2010
Mención	Fernando Berríos escribe sobre kis nuevos discos de Pat Metheny y Peter Gabriel.

DISCOS

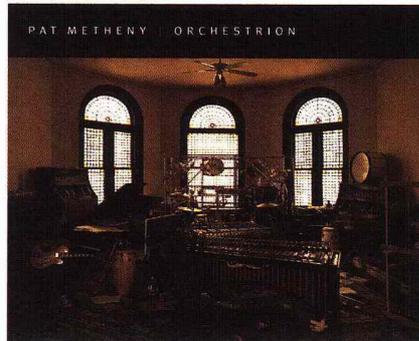
PETER GABRIEL – SCRATCH MY BACK (2010) PAT METHENY – ORCHESTRION (2010)



Escucho el último disco de Peter Gabriel mientras contemplo el atardecer desde mi balcón. Es un músico notable, que no ha dejado de abrir nuevos derroteros creativos con el paso de los años, buscando en los más diversos espacios de la música del mundo sus propias claves de expresión. Se hizo conocido en el legendario grupo de *rock* británico Genesis, del que fue vocalista desde sus inicios en 1967 hasta 1975. En esos ocho años, Gabriel marcó una época de enorme importancia en el desarrollo de la música y del concepto mismo del *rock*. Introdujo en él un lenguaje mucho más complejo y una novedosa puesta en escena, caracterizada por un fuerte componente dramático. Entre 1970 y 1975 compartió escenario con un baterista histriónico e hiperactivo llamado Phil Collins, que terminaría sucediéndolo como vocalista del grupo. Con el paso de los años, el grupo Genesis evolucionó hacia un estilo y un sonido menos iniciático que el que lo caracterizó en la década de los setenta, pero manteniendo esa prestancia que dan el talento y la calidad que está en la constitución genética de algunos elegidos.

Peter Gabriel hizo su propio camino para provecho de muchos. Todo ha sido para mejor. Y esto lo dice alguien que alguna vez, como bien lo sabe mi amigo Carlos Casale, renegó de este representante ilustre de la *world music*, precisamente por lo que parecía en él una actitud pretenciosa y paternalista; como si todos los músicos africanos y asiáticos tuvieran que pedir su venia para llegar a ser conocidos en el mundo occiden-

tal. Ahora debo reconocer su aporte. Y lo hago después de escuchar sus extraordinarios discos, sobre todo *So* (1986), *Ovo* (2000), *Up* (2002) y ahora *Scratch My Back*. Esta vez la invitación no es a vibrar con el talento de un artista que sabe valerse de los sonidos de las más diversas fuentes étnicas, sino a presenciar el recurso del —a fin de cuentas— británico Peter Gabriel a la sobria majestad de la orquesta sinfónica. Y con un propósito muy simple: cantar canciones ya conocidas de compositores que él admira, sin estridencias, sin batería ni guitarras eléctricas, dejándose desafiar en la pura expresividad de su voz. Una voz más bien opaca y algo gastada por los años, pero tan conmovedoramente dramática. Al escuchar su interpretación de *Philadelphia*, tema final del filme homónimo, pareciera que toda la melancolía del mundo se concentrara en esas tonalidades anaranjadas tras los árboles semideshojados de esta, la más bella calle de Santiago.



El guitarrista Pat Metheny ha sido destacado ya varias veces en estas páginas, no solo por tratarse de un músico prolífico, sino sobre todo por la calidad de su obra. El año pasado nos sorprendió con una especie de declaración pública en la que anunciaba su emprendimiento de una nueva aventura creativa: The Orchestrion Project. A fines del siglo XIX se llamó “orchestrion” a un curioso tipo de máquinas que, en la senda de las “pianolas” (o pianos mecánicos), encarnaron el sueño de introducir en el mundo de la música el prodigio de la automatización. Estas máquinas musicales funcionaban mediante la “lectura” de rollos de papel perfora-

do, que desencadenaban un mecanismo que movía las teclas de un piano y las baquetas o mazetas de instrumentos de percusión.

También a Pat Metheny se lo ha visto últimamente tocando flanqueado por toda una parafernalia de teclados y de instrumentos acústicos, principalmente de percusión (xilófonos, vibráfonos, platillos y tambores), que tienen la particularidad de que no son ejecutados por músicos, sino por un complejo sistema automático. Lo propio de este nuevo “orchestrion” es que su funcionamiento ya no depende del desenvolvimiento de rollos de papel perforado, sino de los comandos de un *software* especialmente creado para el proyecto y que permite, incluso, que algunos de estos instrumentos sean activados, en determinados momentos, desde las mismísimas cuerdas de la guitarra de Metheny. Mi corresponsal en Bremen, Alemania, asistió con su marido a uno de los conciertos que componen la actual gira de presentación de este nuevo proyecto de Metheny. Me ha comentado que el espectáculo es soberbio y que al efecto mágico de ver instrumentos tocando solos se suma un bellissimo diseño de iluminación que complementa los desarrollos musicales.

Orchestrion, el disco, es en realidad un botón de muestra de un proyecto más amplio. Al escucharlo me surge de un modo nuevo una reflexión que ya me había inspirado la producción electrónica de Fever Ray, comentada el verano pasado: con estos grados de acierto musical y no sólo técnico, ¿hasta dónde será posible mantener la distinción convencional entre lo natural y lo artificial en la expresión artística? Si alguien piensa encontrar en este disco pura frialdad maquinal, se va a equivocar. No solo porque el “orchestrion” de Metheny ejecuta instrumentos acústicos y no sonidos digitales, sino además porque la sofisticación del *software* diseñado es tal que se logran incluso matices en la interpretación de las partituras. Ello, agregado a la calidad de los arreglos musicales y a la humanísima y cálida participación del guitarrista, da como resultado una obra sorprendente.

Fernando Berríos M.
(feberrio@uahurtado.cl)